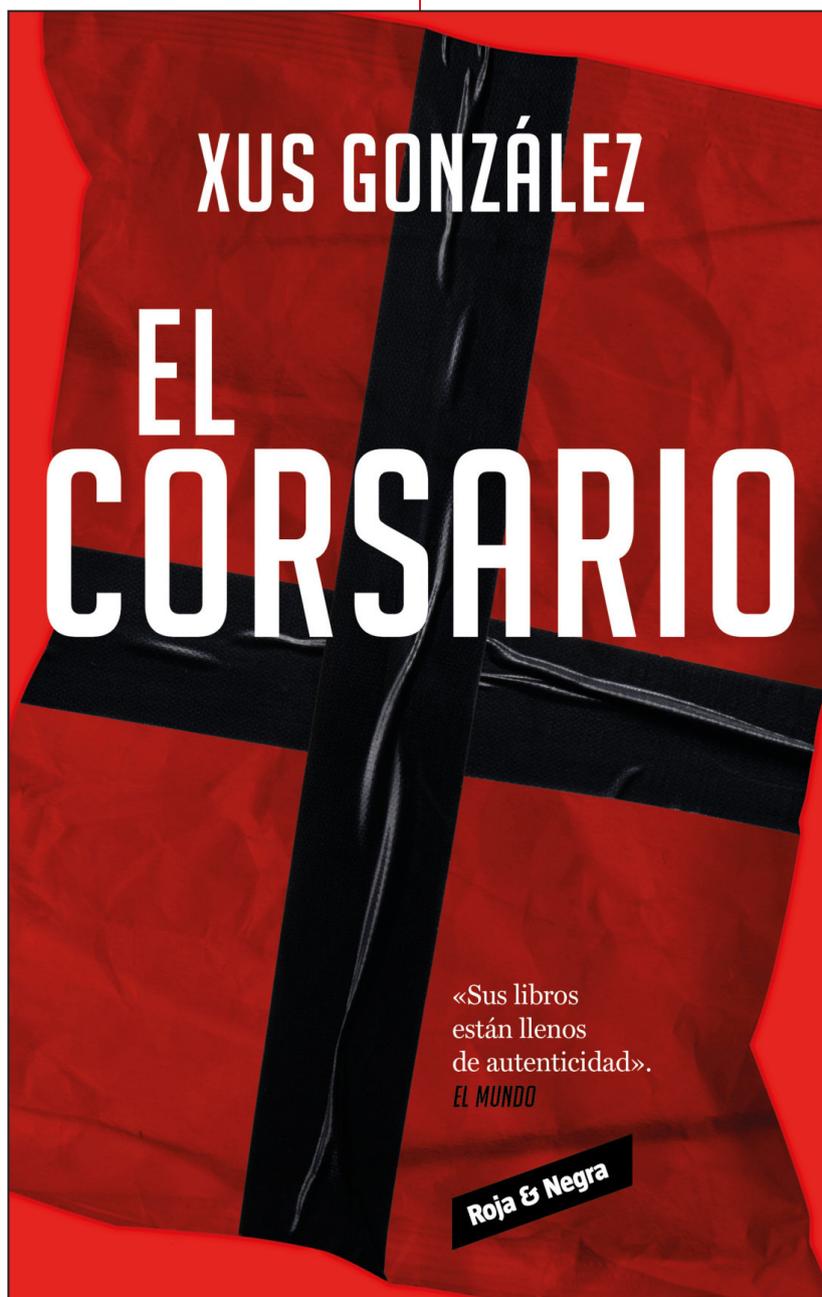




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Un nombre se repite y toma relieve en los negocios turbios de la zona metropolitana al sur de Barcelona: se trata de Karim Hassani, un asaltador muy violento, azote de sus rivales en el competitivo mundo del narcotráfico y pesadilla recurrente para los defensores de la ley. Él y su banda están expandiendo su imperio y no parecen tener límites... hasta que aparezca un pez más grande.

Por su parte, la mossa d'esquadra Silvia Mercado se encuentra en una encrucijada: acatar las órdenes de sus superiores o seguir su instinto y creer en la inocencia de un criminal que tiene demasiados números para terminar en la cárcel. De fondo, abogados especializados en defender a mafiosos, estafadores sin escrúpulos, grupos ultras con intereses en el ocio nocturno y aprendices de brujo que sueñan con ser estrellas del trap.

CLAVES

Hace dos años, Xus González confirmaba las expectativas servidas por su lejano debut, *Abandonar el juego*, con el thriller policíaco *Un trabajo limpio*, un salto de calidad enorme en el que, desde sus primeras páginas, con la descripción de un atraco a un banco que era pura adrenalina, demostraba una vez más su excepcional tratamiento de la acción. Con el transcurso de las páginas, este dominio de las escenas de impacto se veía acompañado de una trama estructurada con grandes dosis de tensión y un perfilado de personajes cargados de autenticidad y carisma.

La condición de miembro de los Mossos del autor transpiraba por los cuatro costados. Sus detallados conocimientos de la labor policial, desde los desafíos diarios de los agentes del cuer-

po al funcionamiento del submundo criminal, se ponían al servicio de una historia absorbente, sostenida en buena medida en el tráfico de drogas y la corrupción de los garantes de la ley.

Un trabajo limpio también fue la carta de presentación de Silvia Mercado, una *mossa d'esquadra* perseverante y corajuda, empeñada en descubrir a toda costa quién estaba detrás de una cadena de muertes y amenazas. Otro de los puntos destacados del libro era su inmersión en una Barcelona lo más alejada imaginable de la postal turística, un vasto terreno formado por naves industriales y barrios olvidados al sur de la misma, base del mayor paraíso de la droga de Europa y caldo de cultivo de un nuevo tipo de crimen organizado.

El corsario supone la consolidación definitiva de Xus González como una de las voces imprescindibles del *noir* español, a través de una ampliación y pulimiento de todas las virtudes que asomaban en la novela predecesora. La visita nada amistosa de unos delincuentes a un abogado sin escrúpulos sirve de prólogo a una trama arrolladora en la que se dan cita traficantes de hachís, especialistas en robar a criminales, ultras dedicados a toda suerte de trapicheos, estafadores reincidentes y letrados avariciosos, pero también maleantes con conciencia y deseos de redención, e inmigrantes desesperados. Al otro lado, policías llenos de zonas grises, muchas veces superados por un trabajo sumamente estresante y por las preocupaciones que se traen a diario de casa. El escritor huye así de la fácil

distinción entre buenos y malos, víctimas y verdugos, humanizando a todas sus criaturas. Y de nuevo en primera línea de fuego está Silvia Mercado, que no ha perdido un ápice de determinación, una mujer llena de recursos para afrontar casos de enorme complejidad y peligro, al tiempo que para lidiar con los roces y tensiones dentro de la comisaría y en el ámbito doméstico.

El corsario es un torbellino de acción y violencia, un viaje sin chaleco a las entrañas de la lucha contra el crimen de los cuerpos de la ley, una radiografía de una Barcelona turbia que está oculta para la mayoría de nosotros, y un análisis en profundidad de cómo las trayectorias vitales y las condiciones sociales moldean quiénes somos y las decisiones morales que tomamos.

LOS PERSONAJES

SILVIA MERCADO

Mossa d'esquadra destinada al Grupo de Robos Violentos de la Unidad Territorial de Investigación Metropolitana Sur. Comprometida a muerte con su trabajo, no teme hacerse enemigos (incluso dentro del cuerpo) a la hora de hacer justicia. Su pareja, Saul, también mosso, está de baja tras sufrir un brutal atropello en el transcurso de una investigación y juntos tienen una hija, Candela. Atraviesan una profunda crisis. Mercado sueña con pasar los exámenes de cabo, pero su tendencia a la insubordinación y a hacer las cosas a su manera no le allanará el camino.

«El runrún en la cabeza de Silvia no cesaba.

Era el runrún de la mala conciencia. El de la honradez. El de la responsabilidad. Era, en definitiva, el runrún que la apremiaba a hacer algo con la información que guardaba en su poder y que, sin duda, era de vital importancia para resolver la muerte de Valentín Carrillo.

Porque una cosa era limitarse a observar cómo avanzaba la investigación y, otra muy distinta, comenzar a hurgar y conocer cosas que los encargados de resolver el caso desconocían. Como la identidad del acompañante de Estrada. O como la aparición de Momo en las imágenes del TRAM, minutos antes de que se produjera el asesinato.

Silvia iba al volante de su Seat Ibiza, de regreso a Gavà. Fue a la altura de Sant Feliu cuando decidió que ya no podía seguir ocultando lo que había averiguado. Pero, ¿a quién se lo contaba? ¿Al sargento de Homicidios? A falta de una expresión más específica para definirlo, era una un gilipollas de manual; ya habían chocado en el pasado y, sin duda, disfrutaría echándole en cara su intromisión. El tío era tan idiota que, cuando Silvia identificó al hombre de pelo blanco como Álvaro Estrada, en lugar de alegrarse se pilló un buen mosqueo por no haber sido ellos quienes lo habían averiguado.

Y Lacalle tampoco era una opción que le apeteciera. No eran pocas las ocasiones en las que el jefe de la UTI le había dado el toque por meterse donde no la llamaban e ir por libre».

KARIM HASSANI

De origen marroquí, también conocido por varios alias (el Mulo, el Sincuello, el Yatepillaré), es un temible criminal, un armario a base de gimnasio y anabolizantes que se ha especializado en robar alijos de hachís a traficantes para luego venderlos, y principal investigado del caso bautizado como «AK-50». Su carácter violento y sus métodos cada vez más temerarios tienen aterrorizados a sus compinches, entre los que destacan Larbi, el Momo y el Profesor. Se siente sableado por sus numerosos familiares, al tiempo que la presión de sus rivales y la persecución policial han debilitado seriamente su salud.

«(Karim era) algo así como la Cosa de los Cuatro Fantásticos, solo que en carne y hueso, con más horas de sol y también algo más bajito. Y tampoco era precisamente un superhéroe, ni siquiera un héroe; más bien todo lo contrario. Tenía un historial policial de los largos, con más de cincuenta detenciones a sus espaldas, y había pasado algunas temporadas a la sombra; no obstante, hacía ya más de diez años que apenas pisaba ninguna cárcel, y si lo hacía era durante cortos periodos. Ahora estaba en libertad, a la espera del enésimo juicio, paseándose a sus anchas y dedicándose a lo que mejor se le daba: asaltar a traficantes de droga».

«Adrenalina y cojones.

Karim Hassani lo tenía claro. Todo cuanto hacía falta para dar un buen palo era eso. Tampoco estaba de más contar con algo de planificación, músculo y balas, pero, por encima de todo, lo que se necesitaba era adrenalina para mantenerse alerta y cojones para llevar a cabo el golpe.

Y, si alguien sabía de dar golpes, ese era Karim.

Frente al espejo del cuarto de baño, después de darse una ducha y todavía desnudo, Karim se apoyó en el borde de la bañera y se inyectó la jeringuilla de Winstrol en el muslo derecho. Sintió un leve escozor al principio y después el líquido fluyó como si nada. Llevaba tanto tiempo ciclándose con esteroides anabólicos que aquel gesto se había convertido en un simple trámite para él, a pesar de que las cantidades habían ido aumentando y aumentando hasta superar con creces la dosis máxima recomendada. Por suerte, los efectos secundarios parecían estar bajo control; de vez en cuando echaba mano de alguna pastilla de Cialis o Viagra, pero, por lo general, bastaba con añadir a su dieta un porcentaje mayor de testosterona para contrarrestar la falta de fuelle.

Tras lanzar la jeringuilla a la papelera, se frotó el muslo sobre la zona del pinchazo, más por costumbre que por auténtica necesidad, y se calzó un bóxer de licra de color morado. A continuación, salió del cuarto de baño en dirección al dormitorio para vestirse.

Necesitaba ropa discreta. Y cómoda. Aquella no era una mañana más, de rutina de gimnasio. Había acordado un encuentro con un comprador de hachís dispuesto a pagar un precio decente por el alijo robado cuatro meses antes, en la AP-7».

JOEL CABALLERO

Compañero de Silvia en la investigación del caso «AK-50». Recientemente transferido a la UTI Metrosur, ha pasado los últimos años en la Unidad de Investigación de Sant Boi del Llobregat, donde se rumorea que salió de malas maneras. Tiene treinta y siete años, se ha separado hace escasos meses y tiene un crío pequeño, Eric. Pese a la desconfianza que genera entre sus compañeros al principio, demostrará un gran arrojo y determinación.

«La espera, sentado en un banco de cemento y bajo un cielo encapotado que amenazaba lluvia, se le estaba haciendo muy larga a Joel. Había cogido frío y, por si fuera poco, la impaciencia también se había apoderado de él.

La sargento Lucía había insistido en que, hasta nueva orden, nadie se moviera de su posición; estaban esperando al Grupo Especial de Intervención, que venía ya de camino para hacerse cargo de la detención. Su activación había sido más ágil y sencilla de lo habitual, sin duda a causa de la alarma social provocada por los tiroteos de los últimos días. Al recibir la noticia,

Joel se sintió aliviado. No era de los que disfrutaban con las detenciones a salto de mata, aunque si había que hacerlas, las hacía, qué remedio. Pero una cosa era acabar por los suelos y revolcarse con un delincuente de medio pelo, y otra muy distinta lidiar con tipos como Karim Hassani, gente realmente violenta.

Sin embargo, a ese paso, los GEI acabarían llegando tarde.

Joel necesitaba moverse y entrar en calor. Y también acercarse un poco más al parking. Su instinto le decía que las cosas iban a complicarse y que allí, tan apartado, no sería de ninguna utilidad.

Abandonó su posición y comenzó a aproximarse. Poco a poco, poniendo sumo cuidado en que Lucía no lo descubriera. La sargento se encontraba en el piso de alquiler cedido por la inmobiliaria, el mismo desde el que llevaban semanas vigilando a Karim cuando visitaba a su novia. Cruzó la calle, en sentido montaña, y avanzó a paso tranquilo hasta llegar al Lidl. Frente a la puerta había un banco de madera, y Joel se sentó en él, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. La acera era ancha y resultaba difícil que la sargento pudiera verlo desde su posición. Se planteó entrar al supermercado y coger unas pipas, porque la ansiedad lo mataba, pero no podía arriesgarse a estar en la caja pagando

y que alguien cantara por la emisora que la furgoneta salía. Se subió el cuello de la chaqueta y deseó haber cogido un gorro. El aire que corría era frío y hacía la espera aún más incómoda. Se volvió hacia la derecha, en dirección a un estanco que había algo más allá de la entrada del parking privado del Lidl, y se quedó petrificado».

VALENTÍN CARRILLO

También conocido como el Coletas, es un abogado al que no le duelen prendas defender a criminales de lo más peligrosos a cambio de sustanciosos emolumentos y azote de fiscales por sus métodos agresivos e implacables. Tendrá un peliagudo encontronazo con Karim, uno de sus clientes, al exigirle este que consiga una sentencia exculpatoria para su hermano, Jamal. Su tercera esposa, Belén —previamente su secretaria, igual que sus predecesoras en pasar por el altar— se ha encaprichado de una casa de lujo en la Cerdanya, lo que le supondrá a Carrillo un quebradero de cabeza al entrar en contacto con unos indeseables de cara a pagar parte de su precio en B.

«Siempre ha habido abogados de muchas clases, como todo en la vida, pero lo importante es que Valentín Carrillo era de los buenos.

No del tipo de buenos que defienden a sus clientes contra viento y marea porque están convencidos de su inocencia, luchando orgullosos en aras de hacer justicia. No, a Valentín Carrillo la inocencia se la traía al paio, sobre todo porque sus clientes acostumbraban a ser responsables de la retahíla de delitos que se les imputaban. Él era más bien del tipo de buenos abogados que, a cambio de una elevada minuta, despliegan tal magia en los tribunales que logran para sus representados la ansiada tarjeta de “queda libre de la cárcel”, como en el Monopoly. Y lo hacía adoptando una actitud agresiva, arremetiendo contra la instrucción y la investigación policial desde todos los flancos, en busca de una brecha en la que introducir los dedos y hurgar con fruición, hasta reducir o aniquilar cualquier indicio inculpatario. No siempre triunfaba, pero sí acababa rebañando algo a favor de sus clientes en todas las ocasiones.

Por eso valía cada euro que cobraba».

ÁLVARO ESTRADA

Apodado el Zorro Plateado, es uno de los estafadores más grandes de España, lo que le ha costado penas de cárcel, aunque no hayan resultado disuasorias pues ha reincidido numerosas veces. En la actualidad tiene como socio principal a Manuel Solís, otro pieza al que conoció mientras ambos estaban a la sombra.

Para colmo, es el exmarido de una tía de Silvia Casado, lo que traerá de cabeza a la mosso. Metido en asuntos turbios con Santiago Carrillo, acabará detenido, lo que llevará a su hija, Alicia, prima de Casado, a suplicarle que le eche una mano.

«Álvaro Estrada despertó tan pronto como los golpazos contra la puerta principal comenzaron a retumbar por toda la casa. Apenas pasaban cuatro minutos de las seis de la mañana. A su lado, Marisa también despertó súbitamente. Desorientada y alterada, comenzó a gritar.

Álvaro la agarró con firmeza de ambos brazos y dijo:

—Tranquila. No te pongas nerviosa. Son ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—La policía. Tú no digas nada, escuches lo que escuches.

Los zambombazos contra la puerta seguían sonando. Y ya llevaban más de diez. Se trataba de una buena puerta; blindada, con cuatro anclajes y cerradura de seguridad. Los agentes que en aquellos momentos manejaban el ariete iban a acabar muy cansados.

Aquella no era la forma habitual con que solían ir a por él. Unas veces llamaban al timbre a primera hora de la mañana, otras esperaban a que saliera de casa para detenerlo, y entonces procedían al registro de la vivienda. Le habían reventado la puerta en un par de ocasiones, tiempo atrás, pero después todo había continuado igual: registro, negar la mayor, calabozo, negar la mayor, juzgado, negar la mayor, y a la calle. Todo eso, siempre y cuando no dejaran su detención sin efecto después de declarar en comisaría.

La puerta principal cedió por fin y oyeron los pasos de lo que parecía una multitud irrumpiendo en la vivienda al grito de “¡POLICÍA, POLICÍA!”. Ellos aguardaban sentados en la cama, cogidos de la mano. A sus sesenta y seis años, Álvaro Estrada no estaba para hacerse el valiente. Tampoco lo había hecho nunca; no lo había necesitado. Marisa, quince años más joven que él, pero ya acostumbrada a las detenciones y a las breves estancias en prisión, se mostraba resignada. Ya eran casi dos décadas juntos».

MOMO

Uno de los principales lugartenientes de Karim, también de origen marroquí, el cual sueña con hacer carrera como rapero. Idolatra a su jefe, hasta el punto de querer dedicarle un tema, pero cada vez se siente más maltratado y explotado.

«Había compuesto ya una docena de temas, y en ellos denunciaba la situación del barrio y de su gente, se metía con la poli, rajaba del sistema y, en un par de

ocasiones, se había desquitado con alguna pava. Las que más le gustaban eran: “Cucarachas y lagañas”, “Vivo en la comisaría”, “Me llaman Marrón Veinte”, “Te di hasta mi sangre, zorra” y su preferida: “Búscate tu suerte a balazos”. De esa última incluso había hecho un videoclip; lo había grabado con un par de colegas, improvisando los ángulos de cámara y eso, pero salía en plan serio en distintos lugares de Hospitalet, y daba bastante el pego. Lo había colgado en YouTube y ya llevaba más de quinientas visualizaciones (...) Ahora Momo estaba liado con un nuevo tema que le traía de cabeza. Le estaba costando escribir la letra mucho más que en otras ocasiones, y el motivo era que trataba sobre Karim. Ni más ni menos. Era algo así como un homenaje. Y era una sorpresa, por supuesto. La canción iba sobre su vida y el título provisional que le había puesto era “El corsario de los siete males”, así, con juego de palabras incluido, en plan profundo. Su objetivo era rendirle tributo, porque el tío era el puto amo, coño. El rey de la calle.

Lo de corsario venía por Barbarroja. De pequeño, el abuelo de Momo le contaba aventuras de aquel corsario bereber que, siglos atrás, llegó a causar estragos a lo largo y ancho del Mediterráneo. Y, a su manera, Karim siempre le había recordado a aquel personaje, aunque lo suyo eran los abordajes a vehículos de transporte de droga y los saqueos a guarderías de hachís. Un corsario bereber moderno y en tierra firme. De Barbarroja se decía que era invulnerable, todopoderoso y cruel. Y lo mismo se había llegado a decir de Karim».

FARIDA

Intérprete con conocimientos de rifeño y árabe. Su situación económica es desesperada porque su marido está en paro. Comenzará a colaborar con la policía traduciendo al castellano las conversaciones del grupo criminal liderado por Hassim después de que su predecesor, Ahmed, se revele como un completo inútil. Sin embargo, lo que debería ser una fuente de ingresos muy necesaria acabará por poner en riesgo su vida.

«Era la segunda noche consecutiva que Farida llegaba a su casa agotada. Le escocían los ojos por la luz de la pantalla, tenía las orejas fastidiadas por la presión de los auriculares y le palpitaban las sienes por el dolor de cabeza.

Había pasado casi doce horas en comisaría, traduciendo y transcribiendo llamadas de Karim, Momo, Larbi y el Profesor, entre muchos otros. Tenía sus nombres grabados en la cabeza, al igual que el timbre de su voz, su entonación, el vocabulario fanfarrón y burdo con el que se dirigían unos a otros y que ya comenzaba a resultarle familiar, así como los temas de los que solían hablar. Aquel día en concreto no habían entrado muchas llamadas nuevas, de modo

que Balaguer le había pedido que volviera a escuchar llamadas antiguas y repasara las traducciones del anterior intérprete. Farida no tardó en echarse las manos a la cabeza al comprobar que su compañero no tenía ni la más remota idea de rifeño. Debía de conocer algunas palabras sueltas, sí, pero poco más.

A pesar de la familiaridad que Farida había adquirido con aquellos hombres, después de escuchar sus conversaciones durante todo el día, lo primero que se le pasaba por la cabeza cuando pensaba en aquella gente era el miedo: porque algunos de ellos hablaban sin tapujos de violencia y drogas, creyendo que el rifeño los protegería de la policía, y lo hacían de un modo desenfadado y simple, mofándose incluso, hasta el punto de llegar a helarle la sangre. Karim era el más reservado y precavido de todos. Él no hablaba por teléfono de la comisión directa de delitos. Pero el mero hecho de saber que era el jefe de todos los demás, que estos no hacían nada sin su visto bueno, lo convertía en un ser más terrorífico aún que el resto».

LA «GRAN» BARCELONA

Con algunas excepciones —despachos de abogados y sus viviendas particulares, situados en zonas privilegiadas, por ejemplo— los escenarios de *El corsario* se alejan de la pompa y el glamour para centrarse en naves industriales, gasolineras, bloques de viviendas sociales o autopistas. Ni siquiera Barcelona capital es la protagonista —aunque aparecen barrios como el Poble Sec, la Zona Franca o el Poblenou— pues el radio de acción se amplía a toda la provincia, con lugares como Cornellà, Montcada i Reixach, Sant Feliu de Llobregat, Sant Sadurní d'Anoia, Rubí o Martorell. También l'Hospitalet, con Bellvitge a la cabeza, tiene un protagonismo destacado, al tiempo que se menciona en más de una ocasión a la región del Rif, al norte de Marruecos. Por otro lado, el autor no pierde ocasión de mostrar la pesadilla de movilidad en que se transforma la Ciudad Condal durante los días en que acoge el Mobile World Congress.

«Silvia Mercado subió a su vehículo particular, un Seat Ibiza rojo, y, en vez de dirigirse a Gavà Mar para regresar a casa, cambió de rumbo y enfiló la B-23 en dirección a Barcelona. Pasados los estudios de TV3, tomó la primera salida y continuó por la avenida Baix Llobregat hasta llegar a la rotonda coronada por la cámara del TRAM, cuyas imágenes había estudiado de manera obsesiva rato antes.

Dio una vuelta completa a la rotonda, dejando atrás el descampado donde Karim había estacionado su BMW, y accedió al parking del Viena, que tenía la barrera levantada. Estacionó el Ibiza en una plaza libre y se apeó para echar un vistazo a su alrededor.

En las imágenes, tanto Estrada como el hombre que lo acompañaba parecían provenir de aquella zona, como si acabaran de aparcar su vehículo ahí mismo. De hecho, tras salir a toda prisa del edificio de oficinas, aquel era el lugar don-

de se perdían de vista. Y también era allí donde se adentraba Momo.

El recinto ocupaba toda la esquina, en la confluencia de las avenidas Baix Llobregat y Cornellà, y el edificio del restaurante se encontraba justo en el extremo. Se podía acceder al estacionamiento desde las dos avenidas, y las barreras permanecían elevadas durante las horas de atención al público.

Lo primero en lo que Silvia pensó fue en las cámaras de seguridad. Sin embargo, se llevó una gran decepción al percatarse de que no había ningun-

na en el exterior del restaurante. Todas eran interiores. Tampoco localizó cámara alguna en las naves colindantes, que venían a ser una empresa dedicada a la fabricación de envoltorios de cartón, a la izquierda, y una tienda de venta de vinos online situada a la derecha, pegada al edificio de oficinas donde había tenido lugar el homicidio. Ninguna de las dos naves era excesivamente alta, pero costaba pensar que alguien pudiera trepar desde allí y llegar al edificio de oficinas... Hasta que se fijó en la torre eléctrica».

EXTRACTOS

«Karim disponía de un socio en Marruecos que se las apañaba para acceder a cargamentos pendientes de ser trasladados a España y colocaba en el interior de uno de los fardos un dispositivo GPS de seguimiento. Tras el desembarco, esperaban a que la ocultaran en algún lugar clandestino, lo que se conocía como “guarderías”, y era entonces cuando entraban a por todo, con cuantas más armas mejor, y se hacían con la mercancía. Otras veces, cuando la información les llegaba tarde o la guardería estaba bien protegida, asaltaban el vehículo de transporte de camino a su siguiente destino, o en el nuevo punto de custodia. Se trataba de un juego peligroso pero rentable, porque los cargamentos solían oscilar entre los quinientos kilos y las dos toneladas.

A pesar de que hacía ya tiempo que corría como la pólvora que Karim y los suyos eran los responsables de buena parte de los vuelcos de hachís que se daban a lo largo del Mediterráneo español, apenas se habían tomado represalias contra él. Obviamente, no lo habían denunciado, tratándose de golpes entre delincuentes, pero es que todavía no había aparecido nadie con los santos cojones de enfrentarse a él. Estas no eran palabras de Silvia, sino del propio Karim cuando, un par de semanas atrás, un colega español le preguntó si no tenía miedo de que fueran a por él. Y Karim, con su voz rota y cortante, soltó: “Todavía no ha aparecido nadie con los santos cojones de enfrentarse a mí. Y si lo intenta, te juro que ya lo pillaré”».

«Silvia tardó poco más de media hora en llegar a la comisaría de Rubí. Nada más acceder al edificio, le mostró su credencial al mosso del servicio de puerta, se identificó como agente de la UTI Metrosur y dijo:

—Vengo por el detenido que tenemos en vuestro calabozo.

El mosso asintió como si le pareciera la cosa más normal del mundo y pulsó un botón. Se oyó un zumbido y la puerta que daba acceso a las entrañas de la comisaría cedió.

Su objetivo aquella tarde era pasar lo más desapercibida posible. Actuando como lo haría en circunstancias normales, se dirigió al despacho del jefe de la Oficina de Atención al Ciudadano, responsable de la coordinación de atestados policiales, pero no encontró a nadie.

Se topó con uno de los agentes que estaban tomando denuncias, de vuelta de la impresora con una declaración que acababa de redactar, y le preguntó por el jefe de la OAC.

El agente consultó su reloj y dijo:

—Ese se larga a las cinco y media como un clavo, y ya pasa un cuarto de hora. Hasta mañana no lo encontrarás.

—Vengo de la UTI Metrosur. Solo quería hacerle un par de preguntas a un detenido que tenemos aquí.

El agente se encogió de hombros y dijo:

—Pues baja y házselas. Nadie te lo va a impedir.

Y, tras sacar un bolígrafo del bolsillo delantero de la camisa y reordenar el fajo de folios que sostenía, desapareció.

Silvia se sintió aliviada. Tenía vía libre.

Bajó por las escaleras interiores y llegó hasta una sala cerrada de pequeñas dimensiones. Silvia depositó la pistola en la segunda de las cajas fuertes que había junto a la puerta —estaba completamente prohibido acceder allí armado— y pulsó el botón de la pared para solicitar al agente de puerta que le diera acceso al área de custodia. De nuevo un zumbido y la puerta se abrió. La recibió aquel olor tan característico, revoltijo de sudor, pies descalzos, sobaco rancio, orina y desinfectante.

Silvia cerró la puerta tras de sí y saludó a la mosso que aquella tarde ejercía las funciones de agente de custodia, que correspondió a su saludo levantándose de golpe y poniéndose muy tiesa.

«Era una chica joven y menuda, con el pelo rubio recogido en una coleta. Silvia echó un vistazo a su número de identificación y observó que era muy elevado. Debía estar en prácticas. Eso era bueno. Algunos solían hacer muchas preguntas, pero, por lo general, no acostumbraban a meterse en asuntos ajenos, especialmente si el visitante pertenecía a algún grupo de investigación, por miedo a quedar en evidencia. A Silvia también le había sucedido diecisiete años atrás; no dejaba de preguntarse si estaría a la altura de las circunstancias, si daría la talla. La Silvia de ahora podría darle un par de consejos a la Silvia de antaño que sin duda le serían de gran utilidad».

«Karim conducía a toda mecha, dejando atrás a los demás vehículos. Iba cambiando de carril, adelantando como un loco,

sin perder de vista al mulato. Y mantuvo el tipo hasta que se acercaron a la rotonda del cementerio de Poblenu, donde había una retención que ocupaba los dos carriles. El mulato se coló como un rayo entre las dos hileras de vehículos y se incorporó en la rotonda.

Antes de ver qué salida tomaba, Karim dio un volantazo a la izquierda y subió el Ibiza a la mediana.

El coche botó. Y Momo, que no llevaba el cinturón puesto, se golpeó la cabeza contra el techo. Otra muesca más sobre su cráneo dolorido.

Karim a punto estuvo de impactar contra uno de los árboles de la mediana, pero lo esquivó a tiempo y el vehículo aterrizó en los dos carriles del sentido contrario. Para alivio de todos, estaban despejados.

Alzaron la vista y observaron que el mulato cruzaba ante ellos, en dirección a la playa. Karim pisó gas a fondo.

El mulato miraba hacia atrás acojonado, consciente de que, como lo pillaran, lo iban a poner fino. Y, desde luego, se lo estaba ganando con creces. Antes de llegar al desvío de la incorporación a la Ronda, el mulato hizo lo más lógico: meterse en la zona ajardinada. Allí era imposible que el Ibiza lo siguiera. Había barreras, pilonas y barrotes en el extremo de la acera para impedir que los coches subieran a ella.

Ese fue el momento en que Karim frenó el coche en seco, se volvió hacia el asiento trasero y le gritó a Momo:

—¡Corre tras él!

—¿Qué?

—¡Que lo pilles! ¡Vamos, hijoputa! ¡Mueve el culo!

Momo salió del Ibiza y echó a correr tras aquel tipo. Empresa imposible, por otra parte; pero si Karim te decía que bailaras, tú bailabas, y si te decía que corrieras, tú corrías.

El mulato debió de pensar que Momo iba armado, porque giró a la izquierda, abandonando la zona asfaltada, y se refugió entre los árboles. El carril de incorporación a la Ronda se hallaba en aquella dirección. Momo se metió entre los árboles, jadeando, y descubrió a lo lejos al mulato, casi parado, como si le costara circular sobre aquella superficie terrosa.

—¡Eh, cabrón! ¡Quieto ahí! —exclamó Momo.

El mulato se puso las pilas y consiguió salir por fin de la zona arbolada, yendo a parar justamente al carril de incorporación a la Ronda.

Momo lo dio por perdido. Ya no había nada que hacer..., hasta que escuchó un golpe seco seguido de un frenazo.

Corrió y lo primero que vio fue el maldito patinete doblado, hecho un guiñapo, bajo el parachoques del Ibiza; Karim había rodeado la zona ajardinada, confiando en que el mulato asomaría la cabeza tarde o temprano, y había acertado.

A unos diez metros del Ibiza, cojeando, el mulato huía en dirección al murete lateral que separaba aquella vía de la Ronda. Momo fue tras él. El mulato se encaramó al murete y saltó.

Lo siguiente que se oyó fue un alarido de dolor».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Encuadraríais antes el libro en el thriller o la novela policíaca? ¿Qué criterios seguís para llegar a esta conclusión?
2. Si leísteis el libro anterior del autor, *Un trabajo limpio*, ¿diríais que estamos ante una novela continuista o advertís cambios de rumbo u otros intereses prioritarios?
3. ¿De qué formas diríais que la condición de mosso d'esquadra del autor incide en el enfoque, la personalidad y la verosimilitud que irradia la novela?
4. ¿Diríais que la lectura de *Un trabajo limpio* invita a replantearse algún aspecto de la labor que llevan a cabo los mossos d'esquadra, o de sus metodologías y las condiciones en las que operan?
5. ¿Qué atributos singularizan a Silvia Casado? ¿Cómo se aparta del modelo de heroína de acción de tantos thrillers?
6. ¿Por qué creéis que el autor decide abrir la novela con la irrupción violenta en la vivienda del abogado Valentín Carillo?
7. Xus González vuelve a demostrar su dominio de las escenas de acción. ¿Qué recursos narrativos despliega a tal efecto?
8. ¿Consideráis que el escritor nos empuja en algún momento a empatizar o entender a los delincuentes?

9. ¿De qué manera aborda el autor los desafíos y las problemáticas a las que se enfrenta la inmigración marroquí?
10. *El corsario* no huye de retratar las tensiones internas y la rigidez estructural que obstaculizan la labor policial. ¿Podemos hablar de una visión desmitificadora del cuerpo?
11. Los conflictos familiares y domésticos, con un especial énfasis en las diferencias entre cónyuges y las tensiones entre padres e hijos, aparecen de forma recurrente en el libro. ¿A qué contribuyen dentro de la trama general del mismo?
12. Comentad cómo cambia el tono del narrador dependiendo de si es un delincuente o un agente de la ley el que protagoniza el capítulo o pasaje en cuestión.
13. *El corsario* incluye tanto delincuentes comunes (traficantes, atracadores...) como otros de cuello blanco (abogados sin escrúpulos, estafadores que diseñan operaciones sofisticadas...). ¿Creéis que su tratamiento literario difiere de alguna manera?
14. Frente a tantas novelas que se focalizan en Barcelona capital, *El corsario* abarca una amplia extensión de la provincia de Barcelona. ¿De qué maneras esta geografía poco glamurosa imprime a la novela un sello característico?
15. *El corsario* se cierra con una reflexión acerca de la tendencia de las cosas a volver a la normalidad: «no todo tenía pinta de cambiar». ¿Diríais que se trata de un apunte amargo?
16. Silvia Casado consigue su ascenso a cabo pero, como ya esperaba, es boicoteada por sus superiores. Elucidad qué derroteros puede tomar el personaje si Xus González decide proseguir con él.

EL AUTOR

© Xavier Torres-Bacchetta



XUS GONZÁLEZ (Terrassa, 1978) es licenciado en Ciencias Ambientales y Comunicación Audiovisual. Ingresó en el cuerpo de Mossos d'Esquadra en 2004 y desde el año 2006 es agente de investigación avanzada en la División de Investigación Criminal. Ha trabajado en todo tipo de casos, y se ha especializado en asaltos violentos a interior de domicilio, donde el robo de droga entre criminales es una de las principales causas. En 2013

publicó su novela debut, *Abandonar el juego*, y desde entonces ha participado y colaborado en varios festivales de novela negra, como BCNegra y Collbató negre. *Un trabajo limpio* (2022, Roja & Negra) fue su siguiente novela, y la primera de la serie protagonizada por la mossa d'esquadra Silvia Mercado. *El corsario* (2024, Roja & Negra) es la segunda novela de la serie, que nos presenta a un paisaje humano y criminal mucho más complejo.

DECLARACIONES DE XUS GONZÁLEZ

«Lo que a mí me decidió intentar publicar fue el hecho de querer explicar historias policiales con los conocimientos que yo tengo de la materia en primera persona, buscando un realismo por encima del efectismo, sin que por ello la trama y el entretenimiento se vieran afectados».

«Soy mosso d'esquadra desde hace más de 18 años, la mayoría de los cuales destinado en unidades de investigación. Desde el punto de vista del policía, hay una serie de temas que realmente me preocupan y sobre los que siempre me ha gustado reflexionar. Y esos temas constituyen el origen de mis novelas. En el caso de *Un trabajo limpio*, ese origen está en el hecho de plantearme cómo puede llegar a corromperse un policía... y hasta qué punto está dispuesto a llegar para cubrirse las espaldas».

«Son muchos los autores que me han marcado, pero, por encima de todos, aquel al que regreso cada cierto tiempo para releerlo, es Elmore Leonard. Los personajes de sus novelas, sus diálogos, la acción y el humor negro que tan bien domina... Me fascina».

«Es una época difícil, y sobre todo incierta. Y eso se ve reflejado en el día a día de los policías, tanto de los patrulleros como de los investigadores. Nos topamos con situaciones que no dejan de sorprendernos, y se debe al hecho de que las personas, en los momentos más desesperados, actúan de un modo completamente imprevisible. Y sí, claro, de todo se sacan ideas para futuras historias, por muy duras que sean».

